



Joseph Conrad

El alma del
Guerrero



E LEJANDRIA

Joseph Conrad

El alma del
Guerrero



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL ALMA DEL GUERRERO

JOSEPH CONRAD

PUBLICADO: 1917
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

EL ALMA DEL GUERRERO

JOSEPH CONRAD

El oficial anciano, con largos bigotes blancos, dio rienda suelta a su indignación.

"¡Es posible que vosotros, los jóvenes, no tengáis más sentido común que eso! Algunos de vosotros deberíais limpiaros la leche del labio superior antes de empezar a juzgar a los pocos rezagados de una generación que ha hecho y sufrido no poco en su tiempo".

Habiendo expresado sus oyentes mucha compunción, el guerrero anciano se apaciguó. Pero no se calló.

"Soy uno de ellos, uno de los rezagados, quiero decir", continuó pacientemente. "¿Y qué hicimos? ¿Qué logramos? Él, el gran Napoleón, se lanzó sobre nosotros para emular al macedonio Alejandro, con un montón de naciones a sus espaldas. Nosotros opusimos espacios vacíos a la impetuosidad francesa, luego les ofrecimos una batalla interminable para que su ejército finalmente se durmiera en sus posiciones, acostado sobre los montones de sus propios muertos. Luego vino la muralla de fuego en Moscú. Se derrumbó sobre ellos.

"Entonces comenzó la larga retirada del Gran Ejército. Lo he visto avanzar, como la condenada huida de pecadores demacrados y espectrales a través del círculo más interno y congelado del Infierno de Dante, expandiéndose siempre ante sus ojos desesperados.

"Aquellos que escaparon debieron tener sus almas doblemente remachadas dentro de sus cuerpos para sacarlos de Rusia a través de ese frío capaz de partir rocas. Pero decir que fue nuestra culpa que escapara uno solo de ellos es mera ignorancia. ¡Vaya! Nuestros propios hombres sufrieron casi hasta el límite de su fuerza. ¡Su fuerza rusa!

"Por supuesto, nuestro espíritu no estaba quebrantado; y luego nuestra causa era buena, era santa. Pero eso no templó mucho el viento para hombres y caballos.

"La carne es débil. Buena o mala intención, la humanidad tiene que pagar el precio. ¡Vaya! En esa misma lucha por ese pequeño pueblo del que les he estado hablando, estábamos luchando por el refugio de esas casas antiguas tanto como por la victoria. Y con los franceses era lo mismo.

"No era por la gloria, ni por la estrategia. Los franceses sabían que tendrían que retirarse antes del amanecer y nosotros sabíamos perfectamente bien que se irían. En lo que respecta a la guerra, no había nada por lo que luchar. Sin embargo, nuestra infantería y la suya lucharon como gatos salvajes, o como héroes si prefieren eso, entre las casas, trabajo suficientemente caliente, mientras que los apoyos en el campo abierto se congelaban en un viento del norte tempestuoso que llevaba la nieve sobre la tierra y las grandes masas de nubes en el cielo a un ritmo terrible. El propio aire era insoportablemente sombrío en contraste con la tierra blanca. Nunca he visto la creación de Dios parecer más siniestra que ese día.

"Nosotros, la caballería (éramos solo un puñado), no teníamos mucho que hacer excepto dar la espalda al viento y recibir algunos tiros franceses perdidos. Esto, les diré, fue lo último de los cañones franceses y fue la última vez que tuvieron su artillería en posición. Esos cañones tampoco salieron de allí. Los encontramos abandonados a la mañana siguiente. Pero esa tarde estaban manteniendo un fuego infernal sobre nuestra columna atacante; el furioso viento se llevaba el humo e incluso el ruido, pero podíamos ver el constante destello de las lenguas de fuego a lo largo del frente francés. Luego una ráfaga de nieve lo ocultaba todo excepto los destellos rojos oscuros en el remolino blanco.

"A intervalos, cuando la línea se despejaba, podíamos ver a lo lejos, a través de la llanura a la derecha, una columna sombría moviéndose sin fin; la gran retirada del Gran Ejército avanzando sin cesar todo el tiempo mientras la lucha a nuestra izquierda continuaba con un gran estruendo y furia. El cruel torbellino de nieve barría esa escena de muerte y desolación. Y luego el viento cayó tan repentinamente como había surgido por la mañana.

"Pronto recibimos órdenes de cargar contra la columna en retirada; no sé por qué, a menos que quisieran impedirnos congelarnos en nuestras sillas de montar dándonos algo que hacer. Cambiamos de frente medio derecho y nos pusimos en marcha a paso, lo máximo que podíamos sacar de nuestros caballos, para tomar esa oscura línea distante en el flanco. Podría haber sido aproximadamente las dos y media de la tarde.

"Deben saber que hasta ahora en esta campaña mi regimiento nunca había estado en la línea principal del avance de Napoleón. Todos estos meses desde la invasión, el ejército al que pertenecíamos había estado luchando con Oudinot en el norte. Solo habíamos bajado recientemente, llevándolo delante de nosotros hacia el Beresina.

"Esta fue, entonces, la primera ocasión en que yo y mis compañeros tuvimos una vista cercana del Gran Ejército de Napoleón. Fue una vista increíble y terrible. Había oído hablar de ello por otros; había visto a los rezagados de él: pequeñas bandas de merodeadores, grupos de prisioneros en la distancia. ¡Pero esta era la misma columna! Una masa humana arrastrándose, tambaleándose, hambrienta, medio demente. Surgió del bosque a una milla de distancia y su cabeza se perdía en la oscuridad de los campos. Entramos en ella al trote, que era lo máximo que podíamos sacar de nuestros caballos, y nos quedamos atascados en esa masa humana como si fuera un pantano en movimiento. No hubo resistencia. Escuché algunos disparos, media docena quizás. Sus mismos sentidos parecían congelados dentro de ellos. Tuve tiempo para observar bien mientras cabalgaba al frente de mi escuadrón. Bueno, les aseguro, había hombres caminando en el borde exterior tan perdidos en todo menos en su miseria que nunca volvieron la cabeza para mirar nuestra carga. ¡Soldados!

"Mi caballo derribó a uno de ellos con su pecho. El pobre desgraciado tenía un manto azul de dragón, todo desgarrado y quemado, colgando de sus hombros y ni siquiera extendió la mano para agarrar mi brida y salvarse. Simplemente cayó. Nuestros soldados apuntaban y cortaban; bueno, y por supuesto al principio yo mismo... ¡Qué se le va a hacer! Un enemigo es un enemigo. Sin embargo, una especie de asombro nauseabundo se infiltró en mi corazón. No había tumulto, solo un murmullo bajo y profundo se extendía sobre ellos, intercalado con gritos y gemidos más fuertes, mientras esa multitud seguía empujando y revolviéndose a nuestro alrededor, ciega y sin sentir. Un olor a trapos quemados y heridas purulentas colgaba en el aire. Mi caballo tambaleaba en los remolinos de hombres oscilantes. Pero era como cortar cadáveres galvanizados a los que no les importaba. ¡Invasores! Sí... Dios ya se estaba ocupando de ellos.

"Toqué a mi caballo con las espuelas para salir de allí. Hubo un repentino alboroto y una especie de gemido enojado cuando nuestro segundo escuadrón entró en ellos por nuestra derecha. Mi caballo se lanzó y alguien agarró mi pierna. Como no tenía intención de ser arrancado de la silla, di un tajo hacia atrás sin mirar. Oí un grito y mi pierna se soltó de repente.

"Justo en ese momento vi al subalterno de mi tropa a cierta distancia de mí. Se llamaba Tomassov. Aquella multitud de cuerpos resucitados con ojos vidriosos se agitaba alrededor de su caballo como si estuvieran ciegos, gruñendo locamente. Él estaba sentado erguido en su silla, sin mirar hacia abajo y envainando su espada deliberadamente.

"Este Tomassov, bueno, tenía barba. Por supuesto, todos teníamos barba entonces. Las circunstancias, la falta de tiempo libre, la escasez de navajas, también. No, en serio, éramos un grupo de aspecto salvaje en aquellos días inolvidables que muchos, muchísimos de nosotros no sobrevivimos. Saben, nuestras pérdidas también fueron terribles. Sí, teníamos un aspecto salvaje. Des Russes sauvages, ¿qué más?

"Así que tenía barba, este Tomassov que digo; pero no parecía sauvage. Era el más joven de todos nosotros. Y eso significaba juventud real. A distancia pasaba bastante bien, con la suciedad y la

marca particular de esa campaña en nuestros rostros. Pero en cuanto estabas lo suficientemente cerca como para mirar bien en sus ojos, ahí era donde se notaba su falta de edad, aunque no era exactamente un muchacho.

"Esos mismos ojos eran azules, algo así como el azul de los cielos de otoño, soñadores y alegres también, inocentes, ojos creyentes. Un mechón de cabello rubio decoraba su frente como un diadema dorado en lo que uno llamaría tiempos normales.

"Pueden pensar que hablo de él como si fuera el héroe de una novela. Bueno, eso no es nada comparado con lo que descubrió el ayudante sobre él. Descubrió que tenía 'labios de amante', lo que sea que eso signifique. Si el ayudante quería decir una boca bonita, bueno, era lo suficientemente bonita, pero por supuesto se pretendía como una burla. Ese ayudante nuestro no era un tipo muy delicado. 'Mira esos labios de amante', exclamaba en voz alta mientras Tomassov hablaba.

"A Tomassov no le gustaba ese tipo de cosas. Pero hasta cierto punto se había expuesto a las bromas por el carácter duradero de sus impresiones, que estaban relacionadas con la pasión del amor y, quizás, no eran de un tipo tan raro como él parecía pensar. Lo que hacía tolerantes a sus camaradas con sus rapsodias era el hecho de que estaban relacionadas con Francia, ¡con París!

"Ustedes, de la generación actual, no pueden concebir cuánto prestigio tenían entonces esos nombres para todo el mundo. París era el centro de maravilla para todos los seres humanos dotados de imaginación. Ahí estábamos, la mayoría de nosotros jóvenes y bien relacionados, pero recién salidos de nuestros nidos hereditarios en las provincias; simples siervos de Dios; meros rústicos, si se me permite decirlo. Así que estábamos más que dispuestos a escuchar los cuentos de Francia de nuestro camarada Tomassov. Había estado adjunto a nuestra misión en París el año anterior a la guerra. Altas protecciones muy probablemente, o quizás pura suerte.

"No creo que haya sido un miembro muy útil de la misión debido a su juventud y completa inexperiencia. Y aparentemente todo su tiempo en París fue suyo. El uso que hizo de él fue enamorarse, permanecer en ese estado, cultivarlo, existir solo para él por así decirlo.

"Así que era algo más que un mero recuerdo lo que había traído consigo de Francia. La memoria es algo fugaz. Puede ser falsificada, puede ser borrada, incluso puede ser dudada. ¡Vaya! A veces incluso dudo de que yo mismo haya estado en París a mi vez. Y el largo camino hasta allí con batallas por etapas parecería aún más increíble si no fuera por una cierta bala de mosquete que he estado llevando en mi cuerpo desde un pequeño asunto de caballería que ocurrió en Silesia al comienzo de la campaña de Leipzig.

"Los encuentros de amor, sin embargo, son quizás más impresionantes que los encuentros de peligro. Uno no se enfrenta al amor en tropas, por así decirlo. Son más raros, más personales e íntimos. Y recuerden que para Tomassov todo eso era muy reciente aún. No había vuelto de Francia tres meses antes de que comenzara la guerra.

"Su corazón, su mente estaban llenos de esa experiencia. Realmente estaba asombrado por ello, y era lo suficientemente sencillo para dejarlo aparecer en sus discursos. Se consideraba una especie de persona privilegiada, no porque una mujer lo hubiera mirado con favor, sino simplemente porque, ¿cómo lo diré?, había tenido la maravillosa iluminación de su adoración por ella, como si fuera el mismo cielo el que había hecho esto por él.

"Oh sí, era muy sencillo. Un buen muchacho, pero no un tonto; y con eso, completamente inexperto, ingenuo y despreocupado. Uno como él se encuentra aquí y allá en las provincias. Tenía algo de poesía en él también. Solo podía ser natural, algo muy suyo, no adquirido. Supongo que el padre Adán tenía algo de poesía en él de ese tipo natural. Por lo demás, un Russe sauvage como a veces nos llaman los franceses, pero no de ese tipo que, según dicen, se come una vela de sebo como una delicia. En cuanto a la mujer, la francesa, bueno, aunque también he estado en Francia con cien mil rusos, nunca la he visto. Muy probablemente no estaba en París entonces. Y en cualquier caso, no eran puertas que se abrieran ante simples tipos como yo, ¿entienden? Los salones dorados nunca estuvieron en mi camino. No podría decirles cómo era, lo cual es extraño considerando que yo era, si se me permite decirlo, el confidente especial de Tomassov.

"Pronto se cansó de hablar delante de los demás. Supongo que los comentarios habituales en la fogata herían sus delicados sentimientos. Pero a mí me dejó, y verdaderamente tuve que someterme. No se puede esperar que un joven en el estado de Tomassov se quede completamente callado; y yo, supongo que difícilmente me creerán, soy por naturaleza una persona bastante callada.

"Es muy probable que mi silencio le pareciera a él simpático. Durante todo el mes de septiembre, nuestro regimiento, acuartelado en aldeas, tuvo un tiempo fácil. Fue entonces cuando escuché la mayor parte de eso, no puedes llamarlo una historia. La historia que tengo en mente no está en eso. Llamémoslas efusiones.

"Yo me sentaba bastante contento de guardar silencio, tal vez una hora entera, mientras Tomassov hablaba con exaltación. Y cuando terminaba, yo seguía en silencio. Y entonces se producía un solemne efecto de silencio que, imagino, complacía a Tomassov de alguna manera.

"Ella, por supuesto, no era una mujer en su primera juventud. Una viuda, tal vez. De todos modos, nunca escuché a Tomassov mencionar a su esposo. Tenía un salón, algo muy distinguido; un centro social en el que reinaba con gran esplendor.

"De alguna manera, me imagino que su corte estaba compuesta principalmente por hombres. Pero Tomassov, debo decir, mantuvo esos detalles fuera de sus discursos maravillosamente bien. Palabra que no sé si su cabello era oscuro o claro, sus ojos marrones o azules; cuál era su estatura, sus rasgos o su tez. Su amor se elevaba por encima de las meras impresiones físicas. Nunca me la describió en términos concretos; pero estaba dispuesto a jurar que en su presencia los pensamientos y sentimientos de todos estaban obligados a girar en torno a ella. Era ese tipo de mujer. Las conversaciones más maravillosas sobre todo tipo de temas ocurrían en su salón: pero a través de todas ellas fluía desapercibida como una misteriosa corriente de música la afirmación, el poder, la tiranía de la pura belleza. Así que, aparentemente, la mujer era hermosa. Desvinculaba a todas esas personas que hablaban de sus intereses vitales, e incluso de sus vanidades. Era un deleite secreto y un problema secreto. Todos los hombres, cuando la miraban, caían en

la reflexión como si los golpeara el pensamiento de que sus vidas habían sido desperdiciadas. Era la propia alegría y estremecimiento de la felicidad y solo traía tristeza y tormento a los corazones de los hombres.

"En resumen, debió haber sido una mujer extraordinaria, o bien Tomassov era un joven extraordinario para sentir de esa manera y hablar así de ella. Te dije que el tipo tenía mucha poesía en él y observé que todo esto sonaba bastante cierto. Sería justo el tipo de hechizo que ejercería una mujer muy fuera de lo común, ya sabes. Los poetas sí se acercan a la verdad de alguna manera, no se puede negar eso.

"No hay poesía en mi composición, lo sé, pero tengo mi cuota de perspicacia común, y no tengo dudas de que la dama fue amable con el joven, una vez que encontró su camino dentro de su salón. Su entrada es el verdadero milagro. Sin embargo, entró, el inocente, y se encontró en compañía distinguida allí, entre hombres de considerable posición. Y ya sabes, lo que eso significa: cinturas anchas, cabezas calvas, dientes que no son, como lo pone algún satírico. Imagina entre ellos a un chico agradable, fresco y simple, como una manzana recién caída del árbol; un bárbaro joven, modesto, de buen aspecto, impresionable y adorador. ¡Vaya cambio! ¡Qué alivio para los sentimientos hastiados! Y con eso, teniendo, en su naturaleza esa dosis de poesía que salva incluso a un simplón de ser un tonto.

"Se convirtió en un esclavo devotamente artless, incondicionalmente devoto. Fue recompensado siendo sonreído y con el tiempo admitido en la intimidad de la casa. Puede ser que el joven bárbaro sin sofisticación divirtiera a la exquisita dama. Quizás, ya que no se alimentaba de velas de sebo, satisfacía alguna necesidad de ternura en la mujer.

Ya sabes, hay muchos tipos de ternura de los que son capaces las mujeres altamente civilizadas. Mujeres con cabeza e imaginación, me refiero, y sin temperamento que hablar, entiendes. Pero ¿quién va a sondear sus necesidades o sus caprichos? La mayoría del tiempo ellas mismas no saben mucho sobre sus estados de ánimo más íntimos, y tropiezan de uno a otro, a veces con resultados catastróficos. Y entonces, ¿quién está más

sorprendido que ellas? Sin embargo, el caso de Tomassov fue en su naturaleza bastante idílico. El mundo de la moda se divertía. Su devoción le proporcionó una especie de éxito social. Pero a él no le importaba. Ahí estaba su única divinidad, y ahí estaba el santuario donde se le permitía entrar y salir sin tener en cuenta las horas oficiales de recepción.

"Aprovechó ese privilegio libremente. Bueno, no tenía deberes oficiales, ya sabes. La Misión Militar se suponía que era más bien un cumplido que cualquier otra cosa, siendo el jefe de ella un amigo personal de nuestro emperador Alejandro; y él también se estaba dedicando exclusivamente a tener éxitos en la vida de moda, al parecer. Como parecía.

"Una tarde Tomassov visitó a la dueña de sus pensamientos más temprano de lo habitual. No estaba sola. Había un hombre con ella, no uno de los personajes de cintura ancha y cabeza calva, pero alguien importante de todas maneras, un oficial francés que hasta cierto punto también era un íntimo privilegiado. Tomassov no estaba celoso de él. Tal sentimiento le habría parecido presuntuoso al sencillo muchacho.

"Por el contrario, admiraba a ese oficial. No tienes idea del prestigio de los militares franceses en esos días, incluso entre nosotros, los soldados rusos, que habíamos logrado enfrentarlos quizás mejor que el resto. La victoria los había marcado en la frente, parecía para siempre. Habrían sido más que humanos si no hubieran sido conscientes de ello; pero eran buenos camaradas y tenían una especie de sentimiento fraterno por todos los que llevaban armas, incluso si era contra ellos.

"Y este era un ejemplo bastante superior, un oficial del estado mayor del general en jefe, y un hombre de la mejor sociedad además. Estaba robustamente construido, y completamente masculino, aunque estaba tan cuidadosamente arreglado como una mujer. Tenía la auto posesión cortés de un hombre de mundo. Su frente, blanca como el alabastro, contrastaba impresionantemente con el color saludable de su rostro.

"No sé si él estaba celoso de Tomassov, pero sospecho que podría haber estado un poco molesto con él como una especie de absurdo andante del orden sentimental. Pero estos hombres del

mundo son impenetrables, y exteriormente se dignaban a reconocer la existencia de Tomassov incluso más de lo estrictamente necesario. Una o dos veces le había ofrecido algunos consejos mundanos útiles con perfecto tacto y delicadeza. Tomassov estaba completamente conquistado por esa evidencia de bondad bajo el frío pulido de la mejor sociedad.

"Tomassov, introducido en el petit salón, encontró a estas dos personas exquisitas sentadas juntas en un sofá y tuvo la sensación de haber interrumpido alguna conversación especial. Lo miraron extrañamente, pensó; pero no se le dio a entender que había sido inoportuno. Después de un tiempo, la dama le dijo al oficial, cuyo nombre era De Castel: 'Me gustaría que se tomara la molestia de averiguar la verdad exacta sobre ese rumor'.

"'Es mucho más que un simple rumor', comentó el oficial. Pero se levantó sumisamente y salió. La dama se volvió hacia Tomassov y dijo: 'Puede quedarse conmigo'.

"Esta orden expresa lo hizo supremamente feliz, aunque de hecho no había tenido la intención de irse.

"Lo miró con sus amables miradas, que hacían brillar y expandir algo dentro de su pecho. Era una sensación deliciosa, aunque a veces cortaba un poco la respiración. Éxtasicamente bebía el sonido de su charla tranquila y seductora llena de alegría inocente y de quietud espiritual. Su pasión parecía inflamarse y envolverla en llamas azules desde la cabeza hasta los pies y por encima de su cabeza, mientras su alma reposaba en el centro como una gran rosa blanca...

"H'm, bueno esto. Me contó muchas otras cosas así. Pero esta es la que recuerdo. Él mismo recordaba todo porque esos eran los últimos recuerdos de esa mujer. La estaba viendo por última vez aunque él no lo supiera entonces.

"M. De Castel regresó, irrumpiendo en esa atmósfera de encantamiento que Tomassov había estado bebiendo incluso hasta la completa inconsciencia del mundo exterior. A Tomassov no le pudo evitar ser golpeado por la distinción de sus movimientos, la facilidad de su manera, su superioridad sobre todos los demás hombres que conocía, y sufrió por ello. Se le ocurrió que esos dos seres brillantes en el sofá estaban hechos el uno para el otro.

"De Castel, sentado junto a la dama, le murmuró discretamente: 'No hay la menor duda de que es cierto', y ambos volvieron los ojos hacia Tomassov. Sacado completamente de su encantamiento, se volvió consciente de sí mismo; una sensación de timidez lo invadió. Se sentó sonriendo levemente hacia ellos.

"La dama, sin apartar los ojos del ruborizado Tomassov, dijo con una gravedad soñadora bastante inusual en ella:

"Me gustaría saber que su generosidad puede ser suprema, sin defectos. El amor en su punto más alto debería ser el origen de toda perfección'.

"Tomassov abrió mucho los ojos de admiración ante esto, como si sus labios hubieran estado soltando perlas reales. Sin embargo, el sentimiento no fue expresado para el joven ruso primitivo, sino para el hombre del mundo exquisitamente realizado, De Castel.

"Tomassov no pudo ver el efecto que produjo porque el oficial francés bajó la cabeza y se quedó allí contemplando sus botas admirablemente pulidas. La dama susurró en un tono compasivo:

"¿Tiene escrúpulos?"

"De Castel, sin levantar la vista, murmuró: 'Podría convertirse en un bonito punto de honor'.

"Ella dijo vivazmente: 'Eso seguramente es artificial. Yo soy toda por los sentimientos naturales. No creo en nada más. Pero quizás su conciencia...'

"Él la interrumpió: 'En absoluto. Mi conciencia no es infantil. El destino de esas personas no tiene importancia militar para nosotros. ¿Qué más da? La fortuna de Francia es invencible'.

"Bueno, entonces...' ella pronunció con significado, y se levantó del sofá. El oficial francés también se puso de pie. Tomassov se apresuró a seguir su ejemplo. Estaba dolido por su estado de oscuridad mental total. Mientras levantaba la blanca mano de la dama hacia sus labios, escuchó al oficial francés decir con énfasis marcado:

"Si él tiene el alma de un guerrero (en aquel tiempo, ya sabes, la gente realmente hablaba de esa manera), si él tiene el alma de un guerrero, debería caer a tus pies en agradecimiento".

Tomassov se sintió sumido en una oscuridad aún más densa que antes. Siguió al oficial francés fuera de la habitación y de la casa, pues tenía la impresión de que se esperaba eso de él.

Estaba atardeciendo, el clima era muy malo y la calle estaba completamente desierta. El francés se demoró extrañamente en ella. Y Tomassov también se demoró, sin impaciencia. Nunca tenía prisa por alejarse de la casa en la que ella vivía. Y además, algo maravilloso le había sucedido. La mano que había levantado reverentemente por las puntas de sus dedos había sido presionada contra sus labios. ¡Había recibido un favor secreto! Casi estaba asustado. El mundo se había tambaleado, y apenas se había estabilizado todavía. De Castel se detuvo de repente en la esquina de la tranquila calle.

"No deseo ser visto demasiado contigo en las calles iluminadas, M. Tomassov", dijo en un tono extrañamente sombrío.

"¿Por qué?" preguntó el joven, demasiado sorprendido para ofenderse.

"Por prudencia", respondió el otro secamente. "Así que tendremos que separarnos aquí; pero antes de hacerlo, te revelaré algo de lo que verás de inmediato la importancia".

Esto, por favor, nota, era una tarde a finales de marzo del año 1812. Durante mucho tiempo ya se había hablado de un enfriamiento creciente entre Rusia y Francia. La palabra guerra se susurraba en los salones cada vez más fuerte y finalmente se escuchaba en círculos oficiales. Entonces, la policía parisina descubrió que nuestro enviado militar había corrompido a algunos empleados del Ministerio de Guerra y había obtenido de ellos algunos documentos confidenciales muy importantes. Los miserables hombres (eran dos) habían confesado su crimen y serían fusilados esa noche. Mañana toda la ciudad estaría hablando del asunto. Pero lo peor era que el emperador Napoleón estaba furiosamente enojado por el descubrimiento y había decidido arrestar al enviado ruso.

Tal fue la revelación de De Castel; y aunque había hablado en voz baja, Tomassov se sintió aturdido como por un gran estruendo.

"Arrestado", murmuró desoladamente.

"Sí, y mantenido como prisionero de estado, con todos los que le pertenecen..."

El oficial francés agarró el brazo de Tomassov por encima del codo y lo apretó fuerte.

"Y mantenido en Francia", repitió en el mismo oído de Tomassov, y luego, soltándolo, dio un paso atrás y permaneció en silencio.

"¡Y eres tú, tú, quien me está diciendo esto!" gritó Tomassov en un extremo de gratitud que no era mayor que su admiración por la generosidad de su futuro enemigo. ¿Podría un hermano haber hecho más por él? Buscó tomar la mano del oficial francés, pero este permaneció envuelto en su capa. Posiblemente en la oscuridad no había notado el intento. Se movió un poco hacia atrás y en su voz segura de un hombre del mundo, como si estuviera hablando a través de una mesa de cartas o algo por el estilo, llamó la atención de Tomassov sobre el hecho de que si pretendía hacer uso de la advertencia, los momentos eran preciosos.

"De hecho lo son", acordó el asombrado Tomassov. "Entonces, adiós. No tengo palabras de agradecimiento que iguallen tu generosidad; pero si alguna vez tengo la oportunidad, lo juro, puedes mandar sobre mi vida..."

Pero el francés retrocedió, ya había desaparecido en la oscura y solitaria calle. Tomassov estaba solo, y entonces no desperdició ninguno de los preciosos minutos de esa noche.

Mira cómo el simple chisme y la charla ociosa de la gente pasan a la historia. En todas las memorias de la época, si las lees, encontrarás que se afirma que nuestro enviado recibió una advertencia de alguna mujer muy bien situada que estaba enamorada de él. Por sup

uesto, se sabe que él tuvo éxitos con mujeres, y en las esferas más altas también, pero la verdad es que la persona que lo advirtió no fue otra que nuestro simple Tomassov, un amante totalmente diferente de él mismo.

Este, entonces, es el secreto de la fuga del representante de nuestro Emperador de ser arrestado. Él y todo su personal oficial salieron de Francia bien, como registra la historia.

Y entre ese personal estaba nuestro Tomassov, por supuesto. Él tenía, en palabras del oficial francés, el alma de un guerrero. Y ¿qué perspectiva más desoladora para un hombre con tal alma que ser encarcelado en vísperas de una guerra; ser cortado de su país en

peligro, de su familia militar, de su deber, de su honor y, bueno, también de la gloria?

Tomassov solía estremecerse ante el mero pensamiento de la tortura moral de la que había escapado; y alimentaba en su corazón una gratitud sin límites hacia las dos personas que lo habían salvado de ese cruel suplicio. ¡Eran maravillosos! Para él, el amor y la amistad eran solo dos aspectos de la perfección exaltada. Había encontrado estos finos ejemplos de ella y les había jurado, de hecho, una especie de culto. Afectó su actitud hacia los franceses en general, gran patriota como era. Naturalmente estaba indignado por la invasión de su país, pero esta indignación no tenía ninguna animosidad personal en ella. Fundamentalmente era de una naturaleza fina. Se afligía por la impresionante cantidad de sufrimiento humano que veía a su alrededor. Sí, estaba lleno de compasión por todas las formas de miseria de la humanidad de una manera varonil.

Las naturalezas menos finas que la suya no entendían esto muy bien. En el regimiento lo habían apodado el Humano Tomassov.

No se ofendía por ello. No hay nada incompatible entre la humanidad y el alma de un guerrero. Las personas sin compasión son los civiles, los funcionarios gubernamentales, los comerciantes y similares. En cuanto a las conversaciones feroces que se escuchan de mucha gente decente en tiempos de guerra, bueno, la lengua es un miembro incontrolable en el mejor de los casos y cuando hay algo de emoción en marcha, no hay forma de frenar su furiosa actividad.

Así que no me había sorprendido mucho ver a nuestro Tomassov envainar deliberadamente su espada justo en medio de esa carga, podrías decir. Mientras nos alejábamos después de ella, estaba muy callado. No era un hablador por naturaleza, pero era evidente que esta vista cercana del Gran Ejército lo había afectado profundamente, como una visión no de este mundo. Siempre había sido un individuo bastante duro yo mismo, bueno, incluso yo... y ahí estaba ese tipo con mucha poesía en su naturaleza. Puedes imaginar lo que él hizo de ello para sí mismo. Cabalgamos uno al lado del otro sin abrir los labios. Simplemente estaba más allá de las palabras.

Establecimos nuestro campamento en el borde del bosque para dar algo de refugio a nuestros caballos. Sin embargo, el estridente viento del norte había caído tan rápidamente como había surgido, y la gran quietud invernal se extendía por la tierra desde el Báltico hasta el Mar Negro. Casi se podía sentir su inmensidad fría y sin vida alcanzando las estrellas.

Nuestros hombres habían encendido varios fuegos para sus oficiales y habían despejado la nieve alrededor de ellos. Teníamos grandes troncos de madera para asientos; en general, era un campamento muy tolerable, incluso sin la exaltación de la victoria. Eso lo sentiríamos más tarde, pero en ese momento estábamos oprimidos por nuestra tarea severa y ardua.

Éramos tres alrededor de mi fuego. El tercero era el ayudante. Quizás era un buen tipo, pero no tan agradable como podría haber sido si hubiera sido menos brusco en su manera y menos grosero en sus percepciones. Razonaba sobre la conducta de las personas como si un hombre fuera una figura tan simple como, digamos, dos palos cruzados uno sobre el otro; mientras que un hombre es mucho más parecido al mar, cuyos movimientos son demasiado complicados para explicar, y cuyas profundidades pueden sacar a flote solo Dios sabe qué en cualquier momento.

Hablamos un poco sobre esa carga. No mucho. Ese tipo de cosas no se presta a la conversación. Tomassov murmuró algunas palabras sobre una mera carnicería. Yo no tenía nada que decir. Como te dije, muy pronto dejé mi espada colgar inactiva en mi muñeca. Esa multitud hambrienta ni siquiera había intentado defenderse. Solo unos pocos disparos. Tuvimos dos hombres heridos. ¡Dos!... y habíamos cargado contra la columna principal del Gran Ejército de Napoleón.

Tomassov murmuró con cansancio: "¿De qué sirvió?" No deseaba discutir, así que solo murmuré: "¡Ah, bueno!" Pero el ayudante intervino desagradablemente:

"¿Por qué, calentó un poco a los hombres? Me ha calentado a mí. Esa es una razón suficientemente buena. Pero nuestro Tomassov es tan humano! Y además ha estado enamorado de una mujer francesa y ha sido uña y carne con muchos franceses, así que lo siente por ellos. No te preocupes, muchacho, ¡ahora estamos en el

camino a París y pronto la verás!" Eso fue uno de sus discursos habituales, como los creíamos, tontos. Ninguno de nosotros creía que llegar a París sería cuestión de años, de años. ¡Y mira! Menos de dieciocho meses después fui estafado de mucho dinero en un infierno de juego en el Palais Royal.

"La verdad, siendo a menudo la cosa más absurda del mundo, a veces se revela a los tontos. No creo que nuestro ayudante creyera en sus propias palabras. Simplemente quería burlarse de Tomassov por costumbre. Pura costumbre. Por supuesto, nosotros no dijimos nada, y así él se llevó la cabeza entre las manos y se quedó dormido mientras se sentaba en un tronco frente al fuego.

"Nuestra caballería estaba en el extremo derecho del ejército, y debo confesar que lo guardábamos muy mal. Habíamos perdido todo sentido de inseguridad para entonces; pero aún así manteníamos la pretensión de hacerlo de alguna manera. Pronto un soldado llegó montando un caballo y Tomassov se subió rígidamente y se fue a dar una vuelta por los puestos de avanzada. De los completamente inútiles puestos de avanzada.

"La noche estaba tranquila, excepto por el crepitar de los fuegos. El furioso viento se había elevado muy por encima de la tierra y no se podía escuchar el más leve soplo de él. Solo la luna llena salió con un impulso al cielo y de repente colgó alta e inmóvil sobre nuestras cabezas. Recuerdo haber levantado mi rostro peludo hacia ella por un momento. Luego, creo sinceramente, también me quedé dormido, doblado sobre mi tronco con la cabeza hacia la feroz llama.

"Ya sabes lo efímero que es ese tipo de sueño. Un momento caes en un abismo y al siguiente vuelves al mundo que pensarías demasiado profundo para cualquier ruido excepto la trompeta del Juicio Final. Y luego te vas de nuevo. Tu alma misma parece deslizarse hacia un pozo negro sin fondo. Luego, una vez más, hacia una conciencia sobresaltada. Uno es simplemente un juguete del cruel sueño, entonces. Atormentado de ambas maneras.

"Sin embargo, cuando mi ordenanza apareció frente a mí, repitiendo: '¿No le gustaría a su Señoría comer?... ¿No le gustaría a su Señoría comer?...' logré mantener mi control sobre ella, me refiero a esa conciencia abierta. Me estaba ofreciendo una olla

tiznada que contenía algunos granos hervidos en agua con una pizca de sal. Una cuchara de madera estaba clavada en ella.

"En ese momento, esas eran las únicas raciones que estábamos recibiendo regularmente. ¡Mera comida de pollo, maldita sea! Pero el soldado ruso es maravilloso. Bueno, mi compañero esperó hasta que hubiera comido y luego se fue llevando la olla vacía.

"Ya no tenía sueño. De hecho, me había despertado con una exagerada conciencia mental de la existencia que se extendía más allá de mi entorno inmediato. Esos son momentos excepcionales en la humanidad, me alegra decirlo. Tenía la sensación íntima de la tierra en toda su enorme extensión envuelta en nieve, con nada mostrándose en ella excepto árboles con sus troncos rectos como tallos y su verdura fúnebre; y en este aspecto de luto general parecía escuchar los suspiros de la humanidad cayendo para morir en medio de una naturaleza sin vida. Eran franceses. No los odiábamos; ellos no nos odiaban; habíamos existido muy separados, y de repente habían venido rodando con armas en sus manos, sin temor a Dios, llevando consigo otras naciones, y todos perecer juntos en un largo, largo sendero de cadáveres congelados. Tuve una visión real de ese sendero: una multitud patética de pequeños montículos oscuros extendiéndose bajo la luz de la luna en una atmósfera clara, tranquila e implacable, una especie de paz horrible.

"Pero ¿qué otra paz podría haber para ellos? ¿Qué más merecían? No sé por qué conexión de emociones se me ocurrió el pensamiento de que la tierra era un planeta pagano y no un lugar adecuado para las virtudes cristianas.

"Puede sorprenderte que recuerde todo esto tan bien. ¿Qué es una emoción pasajera o un pensamiento medio formado para durar en tantos años de la vida cambiante e inconsecuente de un hombre? Pero lo que ha fijado la emoción de esa tarde en mi recuerdo de modo que las sombras más leves permanecen indelebles fue un evento de extraña finalidad, un evento que no es probable olvidar en toda una vida, como verás.

"No supongo que hubiera estado entreteniéndome esos pensamientos más de cinco minutos cuando algo me indujo a mirar por encima del hombro. No creo que fuera un ruido; la nieve

amortiguaba todos los sonidos. Algo debió haber sido, algún tipo de señal que llegó a mi conciencia. De todos modos, giré la cabeza, y allí estaba el evento acercándose a mí, no es que lo supiera o tuviera la más mínima premonición. Todo lo que vi en la distancia fueron dos figuras acercándose a la luz de la luna. Uno de ellos era nuestro Tomassov. La masa oscura detrás de él que se movía a través de mi vista eran los caballos que su ordenanza estaba llevando. Tomassov era una aparición muy familiar, con botas largas, una figura alta terminada en una capucha puntiaguda. Pero a su lado avanzaba otra figura. Al principio desconfié de mis ojos. ¡Era asombroso! Tenía un casco brillante y crestado en su cabeza y estaba envuelto en una capa blanca. La capa no era tan blanca como la nieve. Nada en el mundo lo es. Era blanca más como la niebla, con un aspecto que era fantasmal y marcial en un grado extraordinario. Era como si Tomassov hubiera capturado al propio Dios de la Guerra. Pude ver de inmediato que estaba guiando a esta visión resplandeciente por el brazo. Luego vi que la estaba sosteniendo. Mientras miraba y miraba, avanzaron, porque de hecho estaban arrastrándose, y al final se arrastraron hacia la luz de nuestro fuego de campamento y pasaron más allá del tronco en el que estaba sentado. La llama jugaba en el casco. Estaba extremadamente abollado y la cara congelada, llena de llagas, debajo de él estaba enmarcada en pedazos de piel raída. No era el Dios de la Guerra, sino un oficial francés. La gran capa blanca del coracero estaba rasgada, quemada llena de agujeros. Sus pies estaban envueltos en viejas pieles de oveja sobre restos de botas. Parecían monstruosos y él tambaleaba sobre ellos, sostenido por Tomassov, quien lo bajó con mucho cuidado al tronco en el que yo estaba sentado.

"Mi asombro no tenía límites.

"'Has traído a un prisionero,' le dije a Tomassov, como si no pudiera creer lo que veían mis ojos.

"Debes entender que a menos que se rindieran en grandes grupos, no hacíamos prisioneros. ¿De qué habría servido? Nuestros cosacos o mataban a los rezagados o los dejaban en paz, según ocurriera. Realmente venía a ser lo mismo al final.

"Tomassov se volvió hacia mí con una mirada muy preocupada.

"Surgió del suelo en algún lugar mientras salía del puesto de avanzada,' dijo. 'Creo que se dirigía hacia allí, porque caminó ciegamente hacia mi caballo. Se agarró a mi pierna y, por supuesto, ninguno de nuestros chicos se atrevió a tocarlo entonces.'

"Tuvo una escapada por poco,' dije.

"No lo apreció,' dijo Tomassov, pareciendo aún más preocupado que antes. 'Vino junto a mí sosteniendo el cuero de mi estribo. Eso fue lo que me retrasó tanto. Me dijo que era un oficial de estado mayor; y luego, hablando con una voz tal, supongo, como la que solo usan los condenados, un croar de rabia y dolor, me dijo que tenía un favor que pedirme. Un favor supremo. ¿Lo entendía yo, preguntó en una especie de susurro diabólico.

"Por supuesto le dije que sí. Dije: oui, je vous comprends.'

"Entonces,' dijo él, 'hazlo. ¡Ahora! Al instante, por piedad en tu corazón.'

"Tomassov dejó de hablar y me miró extrañamente por encima de la cabeza del prisionero.

"Yo dije, '¿Qué quería decir?'

"Eso es lo que le pregunté,' respondió Tomassov con un tono aturdido, 'y él dijo que quería que le hiciera el favor de volarle los sesos. Como compañero soldado, dijo. 'Como un hombre de sentimiento, como... como un hombre humano.'

"El prisionero se sentó entre nosotros como una horrible momia lacerada en cuanto a la cara, un espantapájaros marcial, un horror grotesco de harapos y suciedad, con ojos vivos y terribles, llenos de vitalidad, llenos de fuego inextinguible, en un cuerpo de horrible aflicción, un esqueleto en la fiesta de la gloria. Y de repente esos ojos brillantes e inextinguibles se fijaron en Tomassov. Él, pobre hombre, fascinado, devolvió la espantosa mirada de un alma sufriente en ese mero cascarón de hombre. El prisionero le croó en francés.

"Te reconozco, ya sabes. Eres su joven ruso. Estabas muy agradecido. Te llamo para que pagues la deuda. Págala, digo, con un tiro liberador. Eres un hombre de honor. Ni siquiera tengo una espada rota. Todo mi ser se rebela contra mi propia degradación. Me conoces.'

"Tomassov no dijo nada.

"¿No tienes el alma de un guerrero?' preguntó el francés en un susurro enojado, pero con algo de intención burlona.

"No lo sé,' dijo el pobre Tomassov.

"Qué mirada de desprecio le dio ese espantapájaros con sus ojos inextinguibles. Parecía vivir solo por la fuerza de la desesperación furiosa e impotente. De repente dio un jadeo y cayó hacia adelante retorciéndose en la agonía de los calambres en todas sus extremidades; un efecto no poco común del calor de una fogata de campamento. Se parecía a la aplicación de una tortura horrible. Pero trató de luchar contra el dolor al principio. Solo gemía bajo mientras nosotros nos inclinábamos sobre él para evitar que rodara al fuego, y murmuraba febrilmente a intervalos: 'Tuez moi, tuez moi...' hasta que, vencido por el dolor, gritó de agonía, una y otra vez, cada grito saliendo a través de sus labios comprimidos.

"El ayudante se despertó al otro lado del fuego y comenzó a maldecir terriblemente por el espantoso alboroto que estaba haciendo ese francés.

"¿Qué es esto? Más de tu maldita humanidad, Tomassov', nos gritó. '¿Por qué no lo arrojas a la maldita nieve?'

"Como no prestamos atención a sus gritos, se levantó, maldiciendo horriblemente, y se fue a otra fogata. Pronto el oficial francés se calmó. Lo apoyamos contra el tronco y nos sentamos en silencio a cada lado de él hasta que las trompetas comenzaron su llamada al primer resplandor del día. La gran llama, mantenida toda la noche, palideció en la sábana lívida de nieve, mientras el aire congelado a nuestro alrededor resonaba con las notas de bronce de las trompetas de caballería. Los ojos del francés, fijos en una mirada vidriosa, que por un momento nos hizo esperar que hubiera muerto tranquilamente sentado allí entre nosotros dos, se movieron lentamente hacia la derecha e izquierda, mirando a cada uno de nuestros rostros a su vez. Tomassov y yo intercambiamos miradas de consternación. Entonces la voz de De Castel, inesperada en su renovada fuerza y espantosa auto posesión, nos hizo estremecer interiormente.

"Bonjour, Messieurs.'

"Su barbilla cayó sobre su pecho. Tomassov me habló en ruso.

"Es él, el hombre mismo...' Asentí y Tomassov continuó con un tono de angustia: 'Sí, ¡él! Brillante, realizado, envidiado por los hombres, amado por esa mujer, este horror, esta miserable cosa que no puede morir. Mira sus ojos. Es terrible.'

"No miré, pero entendí lo que Tomassov quería decir. No podíamos hacer nada por él. Este invierno vengador del destino tenía atrapados tanto a los fugitivos como a los perseguidores en su agarre de hierro. La compasión era solo una palabra vana ante ese destino implacable. Intenté decir algo sobre un convoy que sin duda se estaba recogiendo en el pueblo, pero vacilé ante la mirada muda que Tomassov me dio. Sabíamos cómo eran esos convoyes: espantosas muchedumbres de desdichados sin esperanza impulsados por las culatas de las lanzas de los cosacos, de vuelta al infierno congelado, con sus rostros alejados de sus hogares.

"Nuestros dos escuadrones se habían formado a lo largo del borde del bosque. Los minutos de angustia pasaban. El francés de repente luchó para ponerse de pie. Lo ayudamos casi sin saber lo que estábamos haciendo.

"'Vamos', dijo, en tonos mesurados. 'Este es el momento.' Hizo una larga pausa, luego con la misma distinción continuó: 'Por mi palabra de honor, toda fe ha muerto en mí.'

"Su voz perdió repentinamente su autocontrol. Después de esperar un poco, añadió en un murmullo: 'Y hasta mi coraje... Por mi honor.'

"Otra larga pausa siguió antes de que, con un gran esfuerzo, susurrara roncamente: '¿No es esto suficiente para conmover un corazón de piedra? ¿Tengo que arrodillarme ante ti?'

"De nuevo cayó un profundo silencio sobre los tres. Entonces el oficial francés lanzó su última palabra de enojo a Tomassov.

"'¡Cobarde!'

"Ni un rasgo del pobre muchacho se movió. Decidí ir a buscar a un par de nuestros soldados para llevar a ese miserable prisionero al pueblo. No había otra solución. No me había movido seis pasos hacia el grupo de caballos y ordenanzas frente a nuestro escuadrón cuando... pero ya lo has adivinado. Por supuesto. Y yo también lo adiviné, porque te doy mi palabra de que el disparo de la pistola de Tomassov fue lo más insignificante imaginable. La nieve ciertamente

absorbe el sonido. Fue un mero estallido débil. De los ordenanzas que sostenían nuestros caballos, no creo que ninguno girara la cabeza.

"Sí. Tomassov lo había hecho. El destino había llevado a ese De Castel al hombre que podía entenderlo perfectamente. Pero fue el destino del pobre Tomassov ser la víctima predestinada. Ya sabes cómo es la justicia del mundo y el juicio de la humanidad. Cayó pesadamente sobre él con una especie de hipocresía invertida. ¡Ese bruto de un ayudante, él mismo, fue el primero en comenzar a hacer alusiones horrorizadas al disparo de un prisionero a sangre fría! Tomassov no fue destituido del servicio, por supuesto. Pero después del asedio de Dantzig, pidió permiso para renunciar al ejército y se fue a enterrarse en las profundidades de su provincia, donde una vaga historia de algún hecho oscuro se aferró a él durante años.

"Sí. Lo había hecho. ¿Y qué era? El alma de un guerrero pagando su deuda cien veces a otra alma de guerrero liberándola de un destino peor que la muerte, la pérdida de toda fe y coraje. Puedes verlo de esa manera. No lo sé. Y tal vez el pobre Tomassov tampoco lo sabía. Pero fui el primero en acercarme a ese espantoso grupo oscuro en la nieve: el francés extendido rígidamente boca arriba, Tomassov arrodillado sobre una rodilla más cerca de los pies que de la cabeza del francés. Se había quitado la gorra y su cabello brillaba como el oro en la ligera deriva de copos que había comenzado a caer. Se inclinaba sobre el muerto en una actitud tiernamente contemplativa. Y su joven rostro ingenuo, con los párpados bajos, no expresaba dolor, severidad ni horror, sino que estaba fijado en el reposo de una profunda, como si fuera interminable y eternamente silenciosa, meditación."

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA
WEB**

1. [El alma del guerrero - Joseph Conrad](#)
2. [El alma del guerrero](#)
 1. [Joseph Conrad](#)